



TOMO V

*Biblioteca amorosa.*

# LA DIVISA VERDE

POR

JOSÉ ZAHONERO

ILUSTRACIONES DE POVEDA

SOLEX Y MONTAGUD

FOTOGRAFÍAS, ARCO Y VARIOS

**75 céntimos.**

MADRID

CASA EDITORIAL DE LOPEZ DEL ARCO

Don Ramón de la Cruz, 18, hotel.

1905

LA DIVISA

VERDE

TOMO V

DE LA

*Biblioteca Amorosa.*

---

Impr. Marzo, San Hermenegildo, 32 dup.  
Teléfono 1.977.

DGCL  
A



7.172103  
CB.1223313



cód 28796

5-531

406

LA DIVISA VERDE

# BIBLIOTECA AMOROSA

(COLECCIÓN DIMINUTA)

Con dibujos y fotografías de nuestros mejores  
artistas.

---

A 75 céntimos.

- I.—**En busca de una mujer**, por Teófilo Gautier; ilustraciones de Mota.
- II.—**Cosas de mi tierra**, por Arturo Reyes; dibujos de Mota y Cilla; fotografías de varios.
- III.—**La vida en broma**, por Luis Taboada; ilustraciones de Huertas, Cilla, Mecachis, Arverás, Poveda, Verdugo, Montagud y otros.
- IV.—**La muñeca**, por Jose Francos Rodríguez; ilustraciones de Montagud.
- V.—**La divisa verde** (novela), por José Zahonero; ilustraciones de M. Soler; fotografías de varios.
- VI.—**La última lucha** (novela), por Alfonso Pérez Nieva; ilustraciones de Montagud.
- VII.—**Las coquetas** (novela), por Gabriele Merino; ilustraciones de Poveda.



R. 138829





*Biblioteca Amorosa.*





### **La divisa verde.**

Las esquinas de los más grandes edificios de la antigua ciudad de Córdoba aparecieron un día adornadas por vistosos carteles de colores, con trofeos taurinos en los ángulos de los amplios papelones, y alegre

lámina representando la plaza y en ella la cuadrilla marchando al saludo seguida de los picadores y las mulillas, servía de cabecera á los anuncios que estaban orlados de cintas y de flores estampadas en torno del programa impreso con gruesos caracteres.

Había en éste una noticia que impresionaba vivamente, no sólo á los aficionados al toreo, que lo son los más en aquella hermosa ciudad, sino á todos los habitantes de la misma: Frasquito (*El Chavalillo cordobés*) iba á matar por vez primera en la plaza de Córdoba.

—Oiga ozté, compare Juan, ¿ezte Frasquito es el hijo de la *Marmolilla*?

—El propio. Ha zalío un torero de brio, le dió la alternativa en la plaza de Madrid el mezmo *Lagartijo*.

—¿No se engañará ozté, compare?

—¡Por mi zalú!

—¡Anda con Dios!—añadió un tercero,

—puez si dicen que ez de lo máz bien plantao y zalerozo que ha salío á la plasa.

No era corto el número de personas que ponían en duda todo aquello, asegurando que había equivocación en los que pensaban que el nuevo *diestro* era el hijo de la *Marmolilla*; algunos envidiosos aseguraban que el *Chaval* había andado á la picardía en el *Perchel*, en *Triana* y en el *Albacin*, y ora en Granada, ora en Cádiz y Sevilla, Málaga ó Jaén, *afanando* lo que hallaba al alcance de sus manos de ratero, que por tal querían hacer pasar al nuevo torero sus enemigos.

Ello, á la verdad, no dejaba de causar extrañeza el hecho de que la *Marmolilla*, que pocos años antes no había tenido sobre qué caerse muerta, fuese dueña de un hermoso cortijo, no muy distante de la ciudad.

El motivo por el cual huyera de Córdoba Frasquito, le conocía solamente el señor

---

Pablo, el guarnicionero, en cuya casa había aprendido el chavalillo el oficio, llegando á conseguir en esta arte manos hábiles y diestras que hacían maravillas.

El señor Pablo, ventrudo y gigantesco, llenaba con su corpulencia la entrada de la tienda. En tanto acariciaba sus espesas patillas grises y su gorda sota-barba, medio cerrando los párpados y mirando á otra parte, sin contestar palabra á cuantos se acercaban á interrogarle sobre la vida y milagro de su oficial, y en tal estado permanecía como si nada oyese.

Así es, que como este silencio y socarronería hubo por costumbre emplear para librarse de toda explicación acerca de las aventuras de Frasquito, causó no poca extrañeza cierto día en los operarios de su taller oírle decir:

—¿Voz acordáis vozotros del chavalillo?... pues yo os aseguro que ha de armar mucho ruido en Córdoba... no haciéndose

esperar largo tiempo... aluego lo veréis.

Y al decir esto se echó á reir gozosamente, agitando su pesado abdomen por el convulsivo movimiento de las carcajadas.

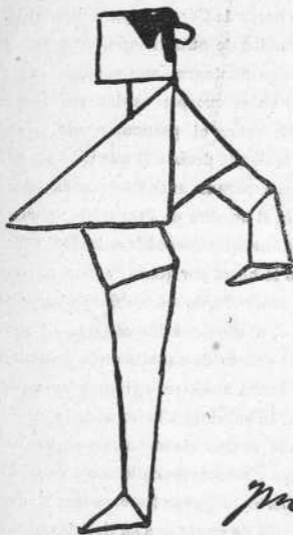
Durante muchos meses, dió en hablar de Frasquito á los chicos de la guarnicionería.

El chaval habia tenido en cuenta, según aseguraba don Pablo, los consejos que él le habia dado, y lo poco ó lo mucho que supiera el muchacho del toreo bien sabria el maestro de quién y dónde lo habia aprendido, pero no se lo diria á ningún nacido claramente; creyeron comprender los oficiales y los aprendices del obrador del señor Pablo, por las risas, los guiños de aquel rostro lleno, plácido y satisfecho y por el acento que el guarnicionero daba á sus reticentes expresiones, que él habia sido el consejero de Frasquito. Se echaba de ver con solo oírle hablar del chavalillo.



De estas manifestaciones de contento á referir cuál había sido el motivo que hubo de obligar á Frasquito á escapar de la ciudad, había gran distancia y el señor Pablo, por nada de este mundo, salía de su prudente reserva. No obstante, cuando corrieron las voces de que Frasquito volvía á Córdoba hecho un primer espada; cuando los magníficos carteles lo anunciaron en las pomposas frases de la empresa, y entre aquellas figuras, dorados y colorines tentado estuvo el orondo y majetón del se-

ñor Pablo por soltar de una vez cuanto te-



nía en el espacioso buche, atajar á los envidiosos, sorprender á los indiferentes é ir

ganando partido de entusiastas para el nuevo héroe de Córdoba, para Frasquito, su aprendiz de otro tiempo. A pesar de esto, supo dominarse aun y conservar el secreto en el cuerpo; verdad era que le asaltaba sobre el particular una grave duda, ¿quién le decía á él que toda aquella gente que, parada ante los carteles de toros, leía el nombre de Frasquito Sánchez (a) *El Chavalillo cordobés* entre las espadas, no lo hacía por guasa, y por burlarse? El señor Pablo no sabía de letra ni jota ni o, ni cosa que tal valiera. El quería salir pronto de aquella duda y se hizo leer de arriba abajo todo el programa por Maruja, su sobrina, á la hora de la siesta y cuando ni una mosca cruzaba por las estrechas y sofocantes calles de Córdoba.

Era cierto, lo decían los carteles; Maruja no había de engañar á su tío, exponiéndose á recibir unos cuantos pescozones; además, que la muchacha, todo lo que te-



nia la pobre de fea, lo tenía de inocentona y de buena.

Luego se le hubo de ocurrir al señor Pablo, si aquellos cartelones serían *un camelo*, pero eran demasiado costosos para que los embromados no fuesen cuantos hubieran querido jugar la broma. No había duda, era cierto, Frasquito no le había engañado en sus cartas, se había hecho un espada de cartel, el dinero que le había mandado para la abuela había sido ganado honrada y casi gloriosamente.

Así fué, que el señor Pablo no se contuvo en el bodegón; y ante los farfantes bebedores de anisado y de manzanilla, largó á toda fuerza su charla apabullando con sus baladronadas á amigos y enemigos.

—¡Ea, cabayeros, se acabó! Yo me lo tuve comido en el cuerpo, porque las cosas pueden dar muchas vueltas, y chico no *nasio*, puede zer perdío, y ar mejor campo lo apedrea una granisá un segundo antes

de la siega. Los dineros que yo he dado á la *Marmolilla*, ze lo ganó zu hijo, que viene ahora á la *querensia* y entre los zuyos, á lusirse de su mucha *hablidad* y de zu mucho corazón, y ¡vivan los hombres! y al que le pese que se muera der berrinche. Ya eztá dicho.

Y con esto echóse al cuerpo un cubete de amontillado, lengüeteando en el paladar y resoplando fuertemente su robusto pecho, paseó sus soberbios ojos por aquel noble concurso de borrachos, que bebían como sedientos mosquitos.

Se produjo un tumulto entre aquella gente enardecida por el sol, ebria de jugo de uva y de entusiasmo patrio; hubo quien propuso que se saliese á esperar al héroe Frasquito y se le recibiese con estallido de cohetes y volanda de campanas; mas como esto no era posible, se decidió que por lo menos fueran algunos mozos con guitarras y bandurrias á dar al insigne paisano un

---

alegre y entusiasta acogimiento. Pero no faltaba en aquel báquico senado, quien dignamente representase la discreción y la prudencia; un viejo rugoso y encanecido, ducho y experto en las cosas de la vida, al cual era más que difícil chasquear, y para el que no valían las pomposas promesas, ni las fulgurantes ilusiones de la gente loca.

Era el tal un caduco de colmillo retorcido, de ojos soñolientos por su constante estado de sonambulismo, perpetuado chispa tras chispa; con todo, más que alumbrado, parecía filósofo y al reír si no descubría dientes, revelaba malicias. Éste, que jamás había probado el agua, á no ser la que muy embozada en vino le dieran los taberneros, soltaba sentencias á chorro y era un doctor consejero de todo el mundo, juez y crítico de toda cuestión ó enigma, tiquis-miquis y enredos.

—¡Aarto!—gritó con su voz aguarden-

tosa y extendiendo en ademán imperativo sus dos descarnadas manos.—¿Zabemos zi el chaval lo merese? ¿lo que ez güeno en Madri ez güeno en Córdoba ó vicien-ber-



za? Además de que si no hacemos ninguna zeñal hasta que veamos zi ez torero ó no ez torero, tendrán más valor los aplausos que le demos en la plasa, y no ze dirá, que por el aquel de que ez de Córdoba ya

noz la da cualquiera que se presente. *Otra maz* que yo me pienzo, que no salió con bien el chavó eze de Córdoba cuando tomó el portante para otras tierras.

—Eso es falso... compadre Miguel—  
—gritó echando fuego por los ojos el señor Pablo—. El Chaval, *pa que ozté* me entienda, no tiene por qué afrentarse delante de *nengún* nasío, lleva la honra más limpia que una patena; él zalió da aquí el pobretico porque tenía el alma atravesá á causa de un negro querer, y bien me acuerdo *entoavía* de las palabras que me dijo ar dezpedirze de mí: Zeñor Pablo, me voy porque no quiero perderme, y en Córdoba dejo á la abuela, que no la faltará nadie, en tanto que yo, zu hijo de su alma, viva y aliente... pero pone los ojos el hombre adonde no puede llegar, y una mujer ma robao el sentio y tengo que salvar tierra de por medio. A nadie diga *ozté* esto; zi algún día vuelvo zera con bien y para

gala mia y gozo de ozté y de mi madre. Está dicho; pero no fué por ninguna vergüensa, ni por ningún delito por lo que salió de Córdoba el chavalillo; fué por la mejor chica de Córdoba, y no digo más, bastante hemos *hablao!*

Así terminó su réplica el señor Pablo, y salió muy satisfecho de sí mismo dejando á todos con el deseo de adivinar quién podría ser la linda amada del nuevo diestro cordobés, continuador de las *glorias tauromáquicas* del Bejarano, Francisco González (*Panchón*) Diego Luque (*El Camarà*) Pepete y Rafael Molina (*Lagartijo*).



THE [illegible] [illegible]

[illegible text]





No lejos de la tienda del guarnicionero, que en puertas y rejas ostentaba colgantes y jaeces primorosos de la más rica gala cordobesa, se alzaba una gran casa de dos pisos, anchas y recias ventanas á no mucha elevación sobre la calle, y grandes y salientes balcones sobre las rejas de aquéllas; la puerta era de altas y anchísimas hojas de madera erizada de gruesos y agudos clavos de vistosa forma, y encajaba bajo un pórtico sencillo á cuyos lados había dos escudos de piedra con los relieves de nobilísimo blasón. Los balcones se hallaban cerrados casi á todas horas, y en las rejas colgaban amplias cortinas blancas listadas por barras rojizas, y se veían

tiestos de claveles, geranios y albahaca olorosa.

Pa sada la espaciosa puerta principal, se atra vesaba un zaguán, en cuyas paredes había grandes anillas de hierro para atar á ellas sin duda las caballerías, y se llegaba á otra puerta algo más pequeña, salva da la cual aparecía un hermoso y fresco patio andaluz, festoneado por grandes tiestos de flores y plantas, y cubierto por un recio toldo.

Allí estaban el día mismo en que el señor Pablo hubo de pronunciar su discurso en defensa de Frasquito, tres muchachas, sentadas en taburetes de caoba con almohadilla de raso, cosiendo sin levantar cabeza de la labor; eran hijastras del repolludo señor D. Antolín González de la Pica.

No lejos de aquellas tres graciosas figuras juveniles y frente á sus lindas cabecitas, adornadas con rosas de vivo color, resaltando en el negro brillante de sus

cabellos, se hallaba, como un buho tétrico, frente á una rama en que estuvieran posados tres bonitos pajarillos, el contraste



más pronunciado que podía ofrecerse ante las muchachas, una vieja aguileña de ojos, punzando con fiera vigilancia, barbeja aguzada, boca de labios finos, larga y con gesto de cruel y aviesa intención. Era un recuerdo de la antigua dueña, una vetustez que se defendía de la inutilidad de sus años y de lo antipático de su facha, con

un servilismo hipócrita y martirizador, para meter en rigor á las muchachas.

Por lo menos, esto se decía y esto se hubiera dicho con sólo verla, si bien no era muy cierto, por cuanto que ella nada hacía sino ofrecerse de mascarón á las preocupaciones nobiliarias y al fanatismo religioso de su señor, viudo hacía muchos años y, sin otros gustos que una exagerada devoción á los santos y á los pergaminos, y según aseguraban los cordobeses, un secreto amor á las onzas guardadas por él en grandes ollas, enterradas en lo más recóndito de la casa.

Doña María había sido monja en un convento que el pueblo había abierto en días de revolución; halló luego acomodo en casa de don Antolín para acompañar á las tres señoritas y vigilarlas, dirigiendo sus devotos hábitos é inspirándolas los más severos y ásperos preceptos de rigurosa virtud. Pienso para mí que la buena

---

vieja no necesitaba poner su empeño en otras labores, que en la de conservar el gesto de aquel tirano implacable; proseguir el gesto de entre cabezada y cabezada de sueño la continua é invariable faena de los dedos que seguían punto tras punto haciendo media, y el único trabajo de su espíritu, oración tras oración, hasta pasar los dieces de un rosario.

No habrá, ciertamente, rama de rosal que tenga en su cabás tres rosas, por gracia del acaso, igualmente bellas con semejanza entre sí y á la vez marcadas diferencias, así como si una grande de abiertas corolas y tono rojo de fuego estuviera ligada á otra menos grande y encendida, pero de suavísimo nácar difundido en su carmín, y á una tercera pequeña, ardiente, llena de fragancia, dejando traslucir la blancura de una de sus hermanas y el vigoroso color de la otra, siendo las tres gemelas.

Margarita era la hermana mayor, alta, esbelta, de una faz soberbiamente hermosa, sus grandes ojos miraban de un modo imponente, sus labios encarnados picaban una sonrisa desdeñosa y hechicera, llena de vida y de animada expresión.

Seguía Soledad, que era tan gallarda, pero de dulce y melancólico rostro; sus ojos marcaban un lánguido desmayo, un abandono atrayente, y su sonrisa resultaba tierna y amable.

Ocupábanse ambas en ayudar á la tercera, que disponía su ajuar de novia, bordando festones, cifras y adornos, y cosiendo todo su equipo de ropa blanca.

La más pequeña tenía, al par que la majestad, el brioso alardeo de Margarita, sin medir su talla, la dulzura y la delicadeza de Soledad, aventajándola en estatura y en robustez. El aroma, no cabe duda, el aroma (los delicados rasgos que singularizan á un alma, son su aroma); el

---

aroma peculiar á Margarita era una palabra concisa, grave y reflexiva; el sentimiento era el perfume propio del espíritu de Soledad y la firmeza de voluntad y una bulliciosa alegría que estallaba á veces á pesar de la rígida opresión en que las tres niñas vivían, eran las circunstancias propias del genio de Angustias.

La vieja hubo de quedarse dormida con la media y las agujas sobre la falda, las manos abiertas, los brazos extendidos y la cabeza echada sobre el respaldo de la silla; entonces, en voz baja y con acento vivo, dijo Margarita á Angustias:

—¿Sigues en tus trece? ¿No quieres decirnos nada?

Angustias tardó en contestar durante largo espacio de tiempo, y dijo al fin en el mismo grado de voz:

—Debo callar.

—En fin, ¿te casarás?—añadió Margarita.

—Me ordenan que lo haga.

—¿Cuándo viene el Marquesito?

—Lo ignero; nada me ha dicho papá.

—He oído decir que es muy flaco y muy pálido—dijo Soledad.

Angustias se encogió de hombros y no contestó palabra.

—Papá me dijo que el Marquesito era inmensamente rico, y que además pertenecía á una de las familias más ilustres de la nobleza... al menos esto puede halagarte—añadió Margarita.

Angustias tornó á repetir el mismo ademán, y además sonrió de un modo burlón y significativo; evidentemente nada de aquello la importaba.

A aquel susurro de brisa en las hojas que semejaban las tres voces cuchicheando, sucedió un ruido seco, profundo, ingrato y grotesco, un escape de fagot, la fuga de un estridente ronquido senil que disparó la corva nariz de la madre Maruja.



Las tres muchachas se sobresaltaron sorprendidas, y ahogando sus risas con la tela de la labor que tenían entre las manos, quedáronse un momento en lucha con su propio deseo de jolgorio.

Poco después desatóse, continuo, acompañado y ensordecedor, el roncar de la exclaustrada, y las muchachas volvieron á la sigilosa é interrumpida plática.

—Cuéntanos, por Dios, lo que te ha sucedido—dijo Margarita.

—Acercáos más—replicó Angustias—. Cuando papá volvió de Madrid, recibí la orden de presentarme en su despacho. ¿Tienes novio? me preguntó con voz seca y en tono imperioso. Bah, bueno, me dijo, algún pícaro chisme de alguien que haya creído ver á nuestra reja galán pegote pelando la pava. No contesté; porque habéis de saberlo, tenía novio.

—¿Tú tenías novio?—pregunto asustada Soledad.

—Lo había sospechado—exclamó Margarita.

—Pues sí, lo tenía, le amaba... le amo aún—añadió en voz muy baja, pero con acento resuelto—. No contesté, como dije, y papá me replicó duramente: ¿Le tienes, no es así? Pues desde hoy acabó ese juego, si ha existido... Yo pensé que iba á castigarme con rigor ó á reñirme con dureza por la sola sospecha de que tuviera novio; pero nada de esto, sino que prosiguió diciendo: Vas á casarte, ¿lo entiendes? Sí, señor; contesté. Y vas á casarte con el joven marqués del Grosellal... prepárate, pues; tú y tus hermanas haréis el ajuar: recibiremos pronto á tu prometido y las bodas se verificarán á la mayor brevedad posible; obedéceme, sólo así podré olvidar tus necias faltas, ¿entiendes, hija mía? ¿Me obedecerás? preguntó con voz terrible. Y yo contesté humillada: Obedeceré.

En los ojos de Margarita la soberbia de

su alma hizo fulgurar un relámpago de fiera rebelión, Soledad miró, casi con las lágrimas saltando, llena de íntima y profunda compasión á su hermana.

Esta prosiguió silenciosamente su labor.

—Pero, en fin... ¿tú amas á tu novio? ¿tú vas á sufrir esa violencia? ¿tú obedeces sin replicar? ¿no es demasiado?—decía Margarita con creciente ardimiento.

—¡Oh, vas á morirte de pena, hermana mía!—añadió Soledad por su parte, verdaderamente conmovida.

Angustias se encogió de hombros, fijó sus ojos en Margarita y después en Soledad, como admirándose de verlas tan preocupadas con lo que á ella le acaecía, y luego se echó á reir con toda su alma.

—¿Ah, vamos, tú piensas huir ó desobedecer?

—De ningún modo—replicó sencillamente Angustias.

—Cómo, ¿irás á la iglesia?

—Iré.

—¿Y te casarás?

—Me casarán.

Las dos hermanas contemplaron de nuevo á Angustias con acentuada expresión de asombro.

—Sí—añadió Angustias—, me casarán.

En esto cesó el grotesco solo de nariz, el desgarrado ronquido, con un solo golpe de orquesta, un violento estornudo a cuyo estruendo y conmoción volvió con espanto del sueño á la vigilancia la venerable beata.

—Dioz mio, zeñoritas, me había dormido.

—¿Sí?—exclamó Angustias—, pues no lo habíamos notado.

—Hablaré, ez el único medio de no volver á dormirme, dijo la vieja.

Tenia, además, según dijo, que hacer un encargo á las señoritas; el papá había comprado tres preciosas mantillas blan-

cas que habrían de estrenar el inmediato domingo por la tarde.



Las tres niñas miraron á la vieja con tal admiración, cual si creyesen que ésta aún no había despertado y que proseguía hablando en sueños; ¿tres mantillas blan-

cas? ¿Y para estrenarlas el domingo por la tarde? ¿Dónde?

—En los toros—dijo la abuela.

—¿En los toros? ¿Qué; vamos á ir á los toros?—exclamó con no disimulado contento Margarita.

—Sí, á los toros.

Las muchachas tomaron aquello por una broma de la vieja, que en ocasiones tenía su pizquita de jovialidad cruel.

—¡Ah! ¿Las señoritas ignoraban lo que ocurría? Pues ahí era nada la cosa. En Madrid había acaecido una nueva revolución; las señoras de la nobleza, indignadas contra el hecho de que España fuese regida por un monarca extranjero... se habían presentado en todas partes vestidas de españolas, pero de muy españolas, y habían acudido á las corridas de toros con sus trajes haldados, sus blancas mantillas, sus abanicos de hueso, sus redes de madroñuelo algunas, y sus corpiños con ala-

---

mares y lentejuelas; y en Córdoba la aristocracia iba á hacer otro tanto, y ellas no habrían de ser menos que las demás señoras y señoritas de la ciudad.

Todo esto complacía á Margarita y era acogido con afable sonrisa por Soledad; únicamente Angustias reservó su opinión, y ni por el más leve gesto dió á entender si le enojaba ó le alegraba la novedad verdaderamente extraordinaria que les habia comunicado la vieja Maruja.

Un año hacía sobre poco más ó menos que Angustias guardaba en su corazón un sentimiento profundo, un amor verdadero, hacia un hombre para ella el más gallardo, el más digno de ser amado.

No había que mirar sino aquellos negros y rasgados ojos de Angustias para comprender que estaba dotada de un temperamento ardiente y que su naturaleza era andaluza hasta en las más finas y recónditas fibras de aquel su hermoso cuerpo,

tan enhiesto como flexible; de hombros redondos, brazos firmes y mórbidos, pecho turgente, cintura reducida, movilidad llena de brío y de gracia.

Sus sienes tenían una tan delicada transparencia, que por ellas se percibía el azulamiento de las ramillas venosas, su frente era tersa y despejada, plano de dos cejas arqueadas y negras; moras, sin duda alguna, como sus ojos de largas pestañas, llenos de fuego y con una viva luz fulgurando en sus oscuras y grandes pupilas.

Cierto día, al salir de la grandiosa catedral, cruzando por entre aquel confuso é inmenso bosque de columnas, bajo los jaspeados arcos y las espaciosas bóvedas de aquella maravilla de la arquitectura árabe, Angustias notó que la seguía un mozo de gentileza en la apostura y con todo el varonil donaire y elegancia de los hijos del pueblo andaluz.

Aquel galán era un hombre de humilde



clase, é iba, como á pesar suyo, magnetizado, arrastrado y absorto tras de la niña, clavando en ella sus ardientes ojos, cargados de fervorosa admiración.

No era ésto cosa que hubiera de sorprender ó de enojar á Angustias; en Andalucía es tolerado que el hombre más plebeyo dedique sus galantes lisonjas hasta á la más encopelada mujer; diriase que no se reconoce, verdaderamente otra distinción aristocrática que la de la belleza y de la gracia.

Pocos dias después volvió á encontrarse al galán en otro sitio de la ciudad; durante algunas noches oyó cantar tiernos y apasionados cantares al son de la guitarra; ésta sonaba y aquéllos eran entonados por una persona que debiera de hallarse precisamente debajo de la ventana de la habitación. Angustias escuchó, primero complacida, aquellas serenatas, después hubo de esperar la hora en que ordinariamente empezaban; por último, ya fué una nece-

sidad de su alma oír aquella voz dulce, llena de melancolía, recia y varonil y al propio tiempo suavísima y argentina.

Nada hay que promueva con mayor violencia la aparición de los febriles ensueños de la mujer, como esas canciones palpitantes de pasión que se dejan oír en el silencio de la noche y llegan á su alma solitaria, ebria de fantasía y de esperanza.

Bien pronto aquella voz tan extensa y poderosa, aquellas canciones candentes que parecían escapar de las cuerdas de una guitarra como llamaradas del deseo, la figura delgada, esbelta y arrogante, la faz juvenil, los ojos rasgados y hermosos, la ingenua expresión de enamoramiento ciego que revelaban; la persona, en fin, del desconocido, llegaron primero á infundir ilusiones, después á producir preocupación y, por último, á someter el corazón de Angustias al tiránico dominio del amor.

Se abrió la ventana del cuarto de An-

---

gustias y llegó ésta á pagar las amantes serenatas, mostrando que las oía con agrado, y una noche hubo de escuchar al fin las locas frases del joven enamorado y á corresponder más tarde á su amor. ¡Reja andaluza á través de cuyos hierros aprisiona y esclaviza la que aparece como esclava y prisionera y al que libre se juzga ata y encarcela! ¡Cuántas dulces horas de olvido, al espléndido brillar de las estrellas, parecen dos voluntades sujetas en una sola voluntad! Y así como las enredaderas se abrazan pasando por las barras de la reja, se juntan y enlazan en ella las manos de dos amantes, cuyos pensamientos se funden en un solo pensamiento.

Angustias amó, no podría decir á quién, á él, al desconocido, á la misma juventud gemela de la suya, al que hubo de rendirle un culto profundo, entrañable, eterno. Podía asegurarlo, aquella voz sigilosa que daba en el calor y en el aliento de un

suspiro palabras de pasión, era la música más grata para su oído; aquellas manos que estrechaban las suyas, aquellos negros ojos acariciadores y dominantes eran el mayor encanto de su existencia. Veía siempre ante sí la figura juvenil de un galán siempre enamorado; ella le amaba.

Una noche hubieron de despedirse los amantes; el señor don Antolin Gonzalo de la Pica llegaba de Roma, les sería imposible á los jóvenes volverse á ver; ella suplicó á su galán que no volviese hasta que recibiera un aviso; pero él dijo que debía de ausentarse... quizá para no volver en muchos años.

Un juramento mutuo les enlazó para siempre.

—¿Y si yo fuese un desgraciado sin nombre, sin fortuna?—hubo de atreverse á decir el joven...

—Aunque así fuese, siempre, siempre te amaré—exclamó Angustias.

---

Habían dado á Angustias estos amores una audacia y una firmeza que jamás (al verse libre de tal influjo) hubiera sentido á pesar de la entereza de su carácter; ella no vacilaría, estaba decidida á esperar y á cumplir su promesa; por esto oyó impasiblemente á su padre; por esto se entregó á una ciega obediencia, por lo menos hasta que un momento oportuno le facilitase la loca victoria deseada.

¿Estaba dispuesto que ella se casase con el marqués del Grosellal? Bueno, no resistiría... Una inmensa esperanza la sostendría hasta el último instante... y si no le era posible vencer, le sería dado morir.

Sin embargo, había llegado á averiguar que su amante era un pobre artesano, que la madre de éste era una anciana conocida por el mote de la *Marmolilla* y, por último, que por mantener á su madre... el artesano se había lanzado á una desespera-

da determinación... ¡se había hecho torero!

Bien, fuera lo que fuese, ¿qué importaba? Ella había jurado no matar jamás el amor que por él sentía. ¡Ah! esto hubiera sido imposible; ella le amaba.

Y en tanto que él, que había huído de Córdoba por dominar un sentimiento de imposible satisfacción y volvía á la ciudad sin acariciar otra esperanza que la de ver á la hermosa señorita, su amada de otro tiempo, se hubiera burlado de cualquiera que le asegurara que Angustias guardaba la fe de sus amores. Angustias había concebido un proyecto desatinado.

Al llegar Frasquito á Córdoba y al tener conocimiento de la boda proyectada para Angustias por su padre, tal vez renegara de su adorada y dudase de su constancia; era, pues, necesario que recibiese una prueba evidente del amor inalterable de su amada...

Angustias se encerró en su cuarto, y á las altas horas de la noche, en magnífico raso de un verde esmeralda, hermoso, con broches y bordados de oro, hizo una rica



y brillante divisa y tuvo el valor y la audacia de mostrársela á su padre y suplicarle que la remitiese para la corrida que había de servir de pretexto á la manifesta-

ción aristocrática y realista de las nobilísimas familias cordobesas; la divisa había de ostentarla el toro que hubiese de matar el nuevo espada cordobés. Celebró don Antolín Gonzalo de la Pica aquel capricho de su hija y ofrecióse á cumplirle.

En las cintas de aquella divisa se leía:  
«Valor... y esperanza.»







### III

No hay posición más embarazosa y difícil que la de los amigos, padrinos ó camaradas de las notabilidades, y de ello podía tener probado conocimiento el señor Pablo desde el momento en que hubo de recibir en sus brazos y estrechar contra su orondo corpachón al fino y gallardo Frasquito, que era la última celebridad que había pisado la corte de los califas cordobeses.

—Ezto es tener la cabeza volteando ziempre como una devanadera. Todos los que antes no hubieran dado los buenos días al pobre chaval, salen ahora con que eran zus amigos de la niñez. Además, un motivo muy poderoso obligaba al se-

ñor Pablo á mostrar por el chavalillo la mayor abnegación, el deseo de libertarle de los malos consejos y de los tormentos de los envidiosos.

—En tanto que el chico ezté á mi vera será torero y le irá bien en todos los ne-



---

gosios, decía muy resueltamente el señor Pablo, poniendo en sus ojos la grave expresión, propio reflejo del espíritu de un hombre experimentado y docto.

El señor Pablo se hallaba con Frasquito en casa de la madre de éste.

—No te amilanes, ten sangre, haz de dejarlos á todos *chiquitos* en el redondel, dijo el maestro al mozo al verle cabizbajo y triste. Creyó que el miedo de salir desairado en la prueba era la causa del apenamiento que mostraba el pobre mozo.

Llorosa y trémula miraba á su hijo la *Marmolilla*. Era una anciana de sesenta y ocho años, espeso cabello blanco cual la nieve y brillante como la plata, y conservaba en su rostro una coloración sana, sus facciones no se habían desfigurado y su rostro dejaba entrever muestras de la belleza de aquélla, en otro tiempo una de las más hermosas mujeres de la ciudad de Córdoba.

La pobre vieja no cesaba de llorar, lamentándose de la arriesgada existencia de su hijo, y bendiciéndole de continuo por la conducta que éste observaba con ella, que por ella se exponía á la muerte gustoso y enorgullecido.

No había manera, por otra parte, de hacer desistir á Frasquito de su empeño, y hasta participaba la anciana de la ciega confianza y del valor de su hijo!

Este la tenía hecha una señora, habitando en una hermosa casa con muchas comodidades, con grandes corrales, jardín y huerta espaciosos y todo ello de su propiedad. Ante el problema de vivir esclavizado en el trabajo y sin lograr por él medios de subsistencia suficientes ó arriesgar la vida para ofrecer á la anciana desahogo y espléndidos medios de existencia, Frasquito había elegido heroicamente esto último.

Tentábale además aquel alegre vivir de los toreros, gustábale tener algo sobrado

---

para despillarrar, seduciale correr tierras, recoger aplausos, llevar una existencia alegre y aturdida entre el placer y la muerte, dando en cierto modo al completo olvido el encanto de alguna ilusión de imposible cumplimiento.

—¡Eal Frasquito, ánimo, ponte de majo y vamos á ver el ganado—hubo de decirle el señor Pablo, que deseaba andar públicamente acompañado del antiguo aprendiz de su casa y entonces la celebridad popular en Córdoba.

Al fin llegó el domingo y vióse la plaza de bote en bote, bullendo aquel círculo de gente en fervor de impaciencia y de curiosidad. Esa rica profusión de vivos colores que el sol vigoriza y que sólo se da cuando una multitud apiñada se presenta á nuestros ojos, ofrecía sus varios matices rojos, algunos como amapolas, brilladores otros como llamaradas y chispas, blancos muchos como pintas de espuma, porque

de campo mecido por las brisas, de hoguera avivada por el vendaval y de mar revuelto y tempestuoso tenia aquella masa de criaturas tendida en torno del circo, cuya blanca arena aparecía como un disco dividido á la mitad por una mancha de sombra.

Frasquito se hallaba vestido con un rico traje verde mar y oro en mallas, en bellotillas y madroños. Era el muchacho de áiroso cuerpo, fino y robusto, marcando en relieves musculosos esas dos energías de la gracia, la agilidad y la fuerza.

Era realmente simpático su rostro, de facciones tan correctas, como las de la vieja *Marmolilla*, su madre, y daba á su fisonomía una expresión agradable la sonrisa triste de su boca bien formada, contrastando esta tristeza con la alegría que prestaba á sus ojos rasgados la luz que en ellos centelleando brillaba como el esplendor de una estrella. Daba nobleza á sus adema-



---

nes, se movía con cierta gallarda ligereza no exenta de señorío, y su aspecto era sencillo y modesto, de tal manera, que prestamente por él ganaba voluntades é inspiraba amistad.

Cuando hubieron de decirle que una de las principales señoritas de la ciudad, la señorita Angustias González de la Pica, había regalado una divisa para que la luciese el toro que debiera matar el Chavalillo cordobés, palideció, latióle violentamente el corazón y no sin gran esfuerzo de su voluntad pudo dominarse. Ella, la amada de su alma, era quien había remitido aquella gala de la lidia. ¿Cómo podría figurarse Angustias que el toro aquel que debía de lucir la divisa había de ser muerto por el joven desconocido que dos años antes hubo de rondar la calle de ella, y que, en fin, su desconocido amante era el propio torero Frasquito el Chavalillo? Tal pensó el pobre mozo.

No obstante, al mirar detenidamente aquella divisa, fijóse en las lindas cintas y en el misterioso mote «Valor... y esperanza», y creyó su corazón comprender el verdadero sentido de aquellas palabras, pero



tomó su interpretación por ilusoria quimera de sus deseos.

Ya formada para el paseo, la cuadrilla apareció en el redondel, siendo acogida por los entusiastas aplausos del público, vehementemente entusiasta de esta fiesta de los toros; los antiguos diestros el *Jalonero* y *Taleguilla*, en honor al nuevo espada, llevábanle en medio, y aquel grupo recorrió la plaza, deteniéndose á saludar al presidente, dispersándose en seguida cada uno por su lado, á dejar las vistosas capas de lujo por las capas para la *liza*.

—*Chavó*, ¿quieres *conoser* á la buena moza que ha *regalao* 'a divisa?—preguntó uno de los chicos al diestro *Frasquito*.

—¿*Quién ez?* ¿*Dónde eztá?*—preguntó éste con vivo apresuramiento.

—*Puez ez aqueya* que eztá allí en aquel palco *prensipal*—, dijo el torero indicándole el palco donde se hallaban Margarita, Angustias y Soledad con su padre, el pom-

poso don Antolín González de la Pica.

Los gemelos de Angustias se clavaban entonces en Frasquito; no había duda, ella le había reconocido; por vez primera sintió una profunda pena, una abrasadora vergüenza que escaldaba sus mejillas; no le quedaba otro recurso que el de hacer prodigios de valor; éste es siempre admirado por las mujeres; quizá de este modo podría borrar lo humilde de su condición.

Frasquito no se hacía ilusiones, no le cegaba el aplauso popular hasta el punto de comprender que para una mujer distinguida era muy poca cosa un torero.

Debía de matar el primero y el último toro; los otros dos estaban encomendados á *Jalonero* y á *Taleguilla*.

Sonó el clarín dando los característicos sonidos que anuncian la salida del toro: un clamoreo general semejante al rugir de una formidable ola; era la multitud ebria de gozo.

Abrióse la puerta del toril y rápido como el viento, pisó la arena del circo el primero de los toros, cruzando la plaza hasta rematar en la barrera.

Era un hermoso animal, que honraba á la ganadería: grande, de abierta y afilada cuerna, bravo, pujante, duro, de piel negra y lustrosa, de ojos encendidos é inquieto mirar.

La multitud acogió con atronadora salva de aplauso á la fiera, la cual volvióse, y parada junto á las tablas, engalló la cabeza y desparramó la mirada por toda la amplitud del anchuroso circo, como si retase á sus enemigos.

—¡Olé por el *burel!*—exclamó una voz dominando el clamoreo.

—¡Venga de ahí! ¡Y qué divisa!—gritó otro espectador.

—¡*Picaores!* ¡*picaores!*

—¡Anda *Cerote!* ¡Ahí le tienes! ¡Prepara la puya!

—¡Niños! ¿Para qué son esos capotes?

La grana de las mejillas de Angustias desapareció, no bien hubo saltado la fiera al redondel, y el sobresalto y la congoja oprimieron el corazón de la niña, tan visiblemente, que Margarita, notando la mortal palidez que cubria el rostro de su hermana, preguntóle de manera que don Antolín no se apercibiese:



—¿Te sientes mal, Angustias?

—¡No... no es nada!

—¡Esa es la divisa *nuestra!*—observó el

---

señor González de la Pica, refiriéndose á la que llevaba el toro, y sin medir el alcance de la frase.

—¡Es preciosa!—añadió Soledad, sin separar su vista del bravo animal, y por consiguiente no advirtiendo la dolorosa impresión que durante un momento reflejó el semblante de Angustias.

Los rasgados y centelleantes ojos de ésta seguían con profunda mirada é insólita atención todos los movimientos, todos los gestos de Frasquito.

El alma vehementísima, apasionada, de la joven se asomaba toda entera á sus negros ojos cual si pretendiera salvar la distancia que la separaba del matador y componerse en el alma de Frasquito infundiéndole valor y esperanza, el lema de la divisa verde que en aquel instante adornaba el morrillo de la res.

—¿Cuál es el espada nuevo?—preguntó á sus hermanas Soledad.

—Debe de ser ese tórero que viste de verde mar y oro. Al menos, todos le atienden y obedecen. ¿No le ves? ¡Ah! ¡ese que ha mirado hacia aquí!

Don Antolín, dueño en aquel momento de los gemelos que poco antes tenía Angus-



tías, con la ayuda de ellos, escudriñó palcos y gradas, sonriendo luego con expresión orgullosa.



—¡Es general la protesta! Toda, toda la aristocracia hace gala de su españolismo. ¿No habéis reparado, niñas?



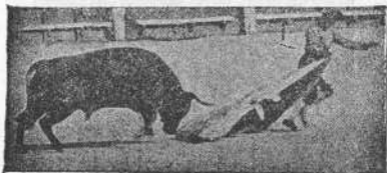
Pero las niñas no debieron de oírle, porque ninguna le contestó. Cierto que en aquel mismo instante los peones empezaron su faena con los capotes.



—¡Frazquito! ¡ojo, que er bicho ez de cudiao!—gritó al *Chavallillo* el señor Pablo, el guarnicionero, desde la contrabarrera que ocupaba, aprovechando la proximidad de su antiguo aprendiz, á la sazón convertido en héroe de la fiesta—. ¡Mira que tiene voluntá y arranque y pitones!

El *Chavalillo* sonrió por toda respuesta, requirió su capa y alejóse de aquel sitio para ocupar el más comprometido que estábale reclamado, junto á uno de los picadores ya en suerte.

Con efecto, el de á caballo estaba en su puesto frente á la res, á la que retaba con el brazo armado, en tanto que con la mano izquierda refrenaba y contenía al escuáli-



do ex corcel que, exhausto de fuerzas, apenas podía sostenerle.

El toro, engañado por los capotes de los muchachos, había sido llevado hasta no

---

muy lejos del caballo, y al revolverse y ver al picador, retrocedió algunos pasos y arrancó contra su enemigo con fiera violencia, arremetiendo soberbio é irritado. El concurso enmudeció, quedando suspenso y anhelante.

El choque fué terrible.

*Cerote*, el picador, rota la pica, quedóse desarmado y á merced de la fiera, que recargaba herida por el dolor del pu-yazo.

Tan poderosa era la fuerza del toro, que en su acometida levantó caballo y jinete arrojándoles á tierra, después de llevarles sobre su potente testuz no despreciable trecho.

El noble bruto, expirante, aprisionó en su caída una de las piernas del picador, quien en vano forcejeaba por librarse de aquel peso que le retenía al descubierto y con exposición grandísima.

Ya iba la fiera res á vengarse del mal-

trecho jinete, cuando Frasquito metió su



capa llevando tras de sí al toro entre los aplausos y vítores del pueblo.

—¡Bien! ¡bravo!

—¡Olé por los chavales de la tierra!

—¡Viva el mérito!

—¡Bendita sea tu maresita de tu alma!

Librador y toro llegaron á la valla y

Frasquito salvóla, arrojándose al foso con destreza suma.

Su primera mirada fué á parar al palco ocupado por la familia de don Antolín González de la Pica, ó más propiamente dicho, por Angustias, pues que para Frasquito allí no había nadie más que la niña, pálida y nerviosa, que agitaba al aire su



pañuelo, saludando al diestro.. y más que al diestro, al gallardo

joven de triste sonrisa y miradas relampagueantes, que desoía la ovación de todo el pueblo por merecer una demostración de simpatía de ella, su único pensamiento, imán irresistible que le atraía por modo inexplicable, maravilloso.

Al verle en salvo, Angustias respiró cual si se viese libre de abrumadora pesadumbre; mas su alegría duró lo que un relámpago. El toro había saltado la barrera tras de uno de los lidiadores, y el espada tenía que acudir al auxilio de su gente.

—¿Y ahora, compare Miguel?—preguntó el señor Pablo á la vez que pasaba su diestra por sus patillas grises con orgulloso ademán—. ¿Vale ó no vale el chico?

—¡Jésú!—contestóle con su voz aguarmentosa el interpelado—. Deje ozté laz cozas en zu puezto, que entavía tiene muncha fójaz er libro. ¡Jazta er fin naide ez dichoso! El toro era á la verdad de cuidado, y menester se hacía quebrantarle y hacerle



parar los piés, si la lidia no había de deslucirse y de ser peligrosa.

Fuera del foso, Frasquito y el toro reaparecieron en la arena.

Entonces, el *Chavallillo* creyó llegado el momento de realizar la idea que acariciaba su mente desde que supo la procedencia

de la divisa que lucía la fiera. ¿No estaba moralmente obligado á quitar al toro prenda tan valiosa? ¿Qué menos podía hacer en aras de su amor? Además, al hacerse dueño del regalo de Angustias, la demostraría que él no olvidó los juramentos cambiados al ple de la reja dos años antes.

Y así lo hizo. Ya en el redondel, volvióse arrogante hacia el toro, y con sin igual maestría, le capeó, ágil y sereno.

—¡Vaya una verónica!

—¡Niño mío, esa son navarra de verdá!





—¡Viva Córdoba y lo cordobezé!

—¡Olé, tu mare, moso guapo!

La muchedumbre, electrizada, levantóse de sus asientos para aplaudir y vitorear frenética a Frasquito. Había quitado la divisa al toro, y la res, burlada por la destreza y arrojo del torero, quedóse como atónita al pie de la valla, por donde el *Chavalillo* saltó después de la brega.

El piso quedó cubierto de cigarros, sombreros, flores y ropas.

Y Angustias, al ver victorioso al dueño de su corazón, no pudiendo echar otra cosa á los pies de su amado, arrojóle el alma en una mirada, mirada que recogió Frasquito con el encanto de una dulce promesa.

—¡Ceñón Pablo, tenga osté ahí ezo, jasta dimpué! —dijo el espada alargándole la divisa verde.

Por cierto, que el señor Pablo, al recibir en depósito aquel trofeo de tan singular victoria, no se hubiera cambiado por el

presidente ni por el gobernador, ni por el obispo, ni por el rey. ¡Vaya una mirada de orgullo satisfecho la que paseó en torno suyo al verse depositario de la divisa!

Satisfacción como aquella, placer tan intenso y tan grande, jamás le ha experimentado mortal alguno.

—¡Ezo ez arte y corazón, y destresa y gracia, tóo lo er mundo!—exclamó el vanidoso guarnicionero.

—¡Zin que promete el chavall—opinó el compadre Miguel.

—¡Qué zin prometel.. ¡Hombre, si ezo é canela fina! ¿Quié ozté má sangre torera? ¿Y máz pundonor, y máz gracia?

En la suerte de varas como en la de banderillas, Frasquito demostró que no eran infundados los elogios que le tributaba el público cordobés, ni la fama que acompañaba á su nombre.

Llegó el último tercio de la lidia, y el nuevo matador, tras del acostumbrado

brindis, fuése al encuentro de la brava y terrible fiera, apenas quebrantada por capotes, puyazos y rehiletos.

El concurso contempló silencioso aquella



parte de la brega, como juez que va á pronunciar su fallo en vista de las pruebas ofrecidas.

El *Chavalillo* no defraudó las esperanzas que había hecho concebir.

Manejó con arte la muleta, preparó magistralmente al toro, codicioso, noble y

de poder, y dióle muerte, recibiendo, con una estocada que produjo la ovación más estrepitosa, más entusiasta, más unánime. Frasquito fué aclamado por la multitud y muy especialmente por el *compa-*



re Miguel y el señor Pablo, que casi lloraba de gozo y de orgullo. Nunca le sonaron á un matador tan bien los aplausos.



Entonces recogió la divisa para ir á ofrecérsela á la niña.

—¿Qué la diría? la diría: «Señorita: ruego encarecidamente y espero que resiba ozté la divisa y me deje... esta sinta.»

No, no diría esto, rendiría silenciosamente la divisa, pero cortando aquella cinta del mote; en fin, no sabía Frasquito cómo obrar, había saltado la barrera y por una de las aberturas del tendido había entrado para dirigirse al palco de Angustias é iba pensando cómo obrar; por

fin se halló ante la joven y no se atrevió á proferir palabra alguna... ella, gozosa, llena de orgullo, recibió la divisa, y tirando de la deseada cinta, la arrancó y se la entregó al joven.



—Consérvela usted como un eterno recuerdo de su arrojito... y mi admiración— dijo con gran desparpajo.

El pueblo salió enloquecido de entusiasmo; la corrida había sido magnífica, el ganado bueno, la cuadrilla inmejorable,

---

el nuevo diestro Frasquito (*El Chavalillo cordobés*) un gran matador y un notabilísimo torero, había capeado como *Cúchares*, banderilleado como *Guerrita* y matado como el mismo *Lagartijo*.—El pueblo vitoreó al joven, las personas de la clase elevada le hicieron ricos regalos y los aficionados le llevaron poco menos que en andas hasta su casa, donde, inquieta y angustiada, le esperaba su madre, que hubo de recibirle extendiendo hacia él los brazos y estrechándole contra su corazón.

No quedan de los rasgos de valor personal que antiguamente en continuos lances y aventuras, juegos y luchas se mostraba, otra muestra que las que de continuo ofrecen los toreros, en su mayor parte hombres de las clases más humildes que huyen de la servidumbre de la miseria para convertirse en tipos heroicos y caballerescos jugando en la lidia taurina sus vidas.

—Ya todo ha pasao, quedazte ensima

de cuantos mozos gallean en Cordoba—  
deciale loco de contento el señor Pablo.

—¡Ah! suerte que Dios me da. Replicó  
Frasquito.

—Dioz, no lo niego... pero porque te  
dió un valor y una gracia que te harán  
llevar la palma ziempre. Digo, y poco que  
ze ha hablao, ze habla y ze hablará en  
Cordoba de ti y de tu maestría...

—¿Sí?

—¡Cómo! ¿Te hases de nuevas? pues  
no, no hay otro palique en Córdoba que  
Frasquito (*El Chavalillo cordobés*) que ez  
er mejor *espá* que ze ha presentao hase  
muchos añoz en la plaza y que arrematas  
como el mizmízimo *Tato* y tienez maz are-  
te que el sélebre Montes.

Frasquito acogía tales elogios con bo-  
nachona sonrisa, y como quien se ve obli-  
gado á perdonar las exageradas alabanzas  
que prodiga un amigo, cegado tal vez por  
el más profundo afecto.



—¡Ah! además de los aplausos, la alegría de quien yo me sé—, añadió el señor Pablo, elevando de un modo muy significativo los ojos y marcando con expresiva sonrisa sus palabras.

Frasquito comprendió lo que el señor Pablo decía.

—Ze casa—dijo éste á media voz y con acento de tristeza.

Frasquito se estremeció; realmente debería esperar una noticia así cuando menos lo esperase.

—Se casa con el marqués del Grose-llal; el padrino es avaro y orgulloso.

Se casaba, era cierto: Angustias había consentido en la boda; ¿por qué entonces había vuelto á reavivar las esperanzas del joven? Se burlaba, sin duda alguna, á la verdad; Frasquito sufría una pena de ánimo, que apretaba su corazón robándole todo el encanto de sus ilusiones.

Se verificaron tres ó cuatro corridas más;

á ninguna de ellas asistió Angustias; pero en todas logró aplausos Frasquito, que en breve fué el ídolo del pueblo de Córdoba; canciones populares, modas, fiestas, todo llevó en aquellos días por motivo el nuevo nombre que hacía poco había enaltecido la gente: Frasquito era la preocupación de la ciudad.

Al cabo de quince días supo que en breve debería efectuarse el casamiento de Angustias.

—¿Quién ez ese gomoso tan *flordelisao* que eztuvo ayer tarde en el encierro?— había preguntado un camarada de Frasquito señalando al novio de Angustias.

—Ez el marqués del Grosellal, le contestaron—, viene á casarse con una de las hijastras de don Antolín González de la Pica; el señorito este creo que es un soberbio partido.

No le pareció así al *Jalonero*, el cual aseguró que á los marqueses del Grosellal

---

no les quedaba ya de su inmensa fortuna más que una dehesa allá en tierra de Castilla, muchas deudas y sólo humo, porque la riqueza no existía.

Frasquito miró con profunda compasión á aquel señorito, enteco, pálido, lleno de petulante altanería y cuya faz no revelaba una gran generosidad de sentimientos, ni una peregrina inteligencia.

¡Ah, cómo había podido Angustias herir con la burla el corazón de Frasquito!

Cuando el joven torero recibió de manos de la hermosa niña la cinta de la divisa, había sentido nuevamente renacer en él las locas y hasta entonces dormidas ilusiones.

Iría á la boda, aparecería en ella sereno y tal vez se vengase haciéndola algún regalo que pudiera recordarle la crueldad que con su amante corazón había empleado. Sabía muy bien que el padra stro, avaro y vanidoso, esclavizaba á las tres her-

manas, que éstas se sometían en cierto modo, porque siendo muy niñas y cuando su madre hacía pocos meses que había quedado viuda, don Antolín, tío de ésta, la propuso casarse con ella y así lo hizo; pero al poco tiempo murió la pobre señora dejando las niñas en poder del segundo marido, el cual tal vez las dotase y las dejara parte de su inmensa fortuna; así es que la paciencia y la sumisión de las jóvenes se debía en gran manera al interés de no quedar abandonadas. Era, pues, la ambición el motivo que hacía á Angustias casarse, cumpliendo con lo dispuesto por su padrastro; y la coquetería lo que la había hecho burlarse del pobre torero.

Llegó el día; á la puerta de la casa de Angustias había dos grandes carruajes; la comitiva de la boda salió por la puerta principal; la joven, acompañada por una vieja condesa, su madrina, y por Margarita y Soledad, sus hermanas, y multitud de

amigas se dirigió á la iglesia, donde el novio y su padrino la esperaban. Una turba



de chiquillos y de mujeres seguía á aque-

lla boda; á Frasquito le era imposible disimular... se ahogaba de pena; pero no obstante, proseguiría hasta el fin.

Ella le vió; ella, que iba hermosa y radiante de alegría y de gracia, ella clavé



en él sus negros ojos enviándole una mirada de pasión; ella movió sus labios cual si pronunciase algunas palabras en voz tan imperceptible que sólo por el juego de labios quisiera haberlas dado á entender y luego se sonrió dulcemente.

¿Era posible que aun en aquel instante tan terrible para Frasquito siguiera jugando con el corazón del pobre mozo?

El tuvo aún valor, siguió hasta el templo, entró en él, presenció los preliminares de la ceremonia, vió al fin á su Angustias arrodillada junto á otro hombre y ante el sacerdote y el altar, y ya su corazón iba á estallar de ira y de celos, cuando ocurrió una cosa inaudita é increíble.

—Señor marqués del Grosellal—decía el sacerdote —, ¿quiere usted á la señorita Angustias Gonzalvo González de la Pica por esposa?

—Sí, quiero—dijo el marqués.

—Señorita Angustias Gonzalvo Gonzá-

lez de la Pica, ¿quiere usted al señor marqués por esposo?

—¿Osté me lo pregunta?—exclamó con notable desenfado la novia.

—Sí, debo preguntarlo.

—Hombre, es osté el primero que lo pregunta. Pues no, zeño, no quiero—replicó firme y resueltamente la muchacha—; él padrino me dijo, te mando que te cases... pero si llega á preguntarme que si queria... no hubiéramos llegado á esto.

No fué pequeña la baraúnda que esto armó: el sacerdote, como era lógico, amparó la libertad de la muchacha, el novio quedóse avergonzado, el dominante padrastro bramaba colérico, y las gentes celebraban la serenidad y el valor de Angustias, sobre todo el pueblo, que vió en esto una viva muestra de la libre condición de un alma andaluza, que, apasionada y vehemente, resiste con heroísmo á todo lo que pueda prostituir la dignidad del amor.



---

Frasquito creía estar soñando, si aquello era un sueño, se hubiera lanzado á estrechar entre sus brazos á la heroica niña; pero un secreto presentimiento le obligó á dominarse; no cabía duda, Angustias sabía muy bien lo que debía de hacer; era cierto, era cierto, ella no le había engañado; aquellas palabras: «Valor y esperanza», tenían en realidad todo el valor de su verdadero significado.

El tuvo fuerza bastante para dominarse y esperar; Angustias rechazaba desde entonces una inmensa fortuna, no se sometería á la venganza de su orgulloso padrastro, se había emancipado. ¿Por qué? ¿Por quién? Por él, por el amor jurado.

---

The first part of the report is devoted to a general  
 description of the country and its resources. It  
 then proceeds to a detailed account of the  
 various industries and occupations of the  
 population. The second part of the report  
 contains a list of the principal towns and  
 villages, with a description of each. The  
 third part of the report is a list of the  
 principal rivers and streams, with a  
 description of each. The fourth part of  
 the report is a list of the principal  
 mountains and hills, with a description  
 of each. The fifth part of the report  
 is a list of the principal lakes and  
 ponds, with a description of each. The  
 sixth part of the report is a list of the  
 principal forests, with a description of  
 each. The seventh part of the report  
 is a list of the principal minerals, with  
 a description of each. The eighth part  
 of the report is a list of the principal  
 plants and animals, with a description  
 of each. The ninth part of the report  
 is a list of the principal diseases, with  
 a description of each. The tenth part  
 of the report is a list of the principal  
 occupations, with a description of each.

The first part of the report is devoted to a general  
 description of the country and its resources. It  
 then proceeds to a detailed account of the  
 various industries and occupations of the  
 population. The second part of the report  
 contains a list of the principal towns and  
 villages, with a description of each. The  
 third part of the report is a list of the  
 principal rivers and streams, with a  
 description of each. The fourth part of  
 the report is a list of the principal  
 mountains and hills, with a description  
 of each. The fifth part of the report  
 is a list of the principal lakes and  
 ponds, with a description of each. The  
 sixth part of the report is a list of the  
 principal forests, with a description of  
 each. The seventh part of the report  
 is a list of the principal minerals, with  
 a description of each. The eighth part  
 of the report is a list of the principal  
 plants and animals, with a description  
 of each. The ninth part of the report  
 is a list of the principal diseases, with  
 a description of each. The tenth part  
 of the report is a list of the principal  
 occupations, with a description of each.



*Montague*

IV

S



#### IV

La casa estaba situada en un precioso trozo de monte; á lo lejos se divisaba la ciudad de Córdoba; era un antiguo palacio de los condes de Hirmena; en la capilla se celebró el matrimonio, á la mañana siguiente ó al día en que Angustias frustró los deseos de su padrastro; un sacerdote amigo hizo el gran sacrificio de bendecir su casamiento secreto.

La recién casada se hallaba sola en un espacioso gabinete de la casa; el novio había tenido que acompañar al señor cura y á los testigos, pero Angustias no esperó mucho tiempo.

Frasquito apareció montado en su magnífico alazán cordobés, y ya frente á la casa, dejó el animal en manos de un criado

del cortijo, y subió apresuradamente la escalera, abrió la puerta de la estancia en que se hallaba Angustias, y mirando á ésta loco de alegría, exclamó al propio tiempo que volvía á cerrar la puerta tras de sí:

—¡Reina mía! ¿zi parece que me he eztao zoñando y que todo ez un mapa de enredos y quimeras! ¡Usté, usté, señorita, mi mujer! es imposible; pero no, no, es cierto, lo he visto, hemos estado arrodillados uno junto á otro en el oratorio, el padre cura nos ha echado la bendición...

Ella no le dejó terminar; abrió sus brazos descubriendo todo el delicado y tentador dibujo de su pecho y de su cuerpo y abrazóse al cuello de Frasquito; ¡silenciosa, vehemente en sus miradas, produciendo una dulce quejumbre como remedo de un arrullo henchido de alegría y anhelo de amor!...

Se había fugado; ¿qué la importaba na-

da? No había conocido á su padre, ni á su bonísima y adorada madre; sus mismas hermanas tal vez despreciasen por el amor todo el oro del mundo... El padrastro era exigente y ridículo... sin duda que ella habría esperado más tiempo; pero D. Antolín intentó encerrarla en un convento... y ella no resistió más, escapó, previno al señor Pablo y á un señor cura, avisaron á Frasquito y se casaron. Supiéralo ó no el mundo, la importaba poco; únicamente atendió á sus deberes de conciencia... ya nadie podía separarla de su amado.

La boda se había celebrado cuando aún las luces de la aurora brillaban débilmente en el sombrío y estrellado cielo; cuando el cura y los dos testigos se ausentaron, y Frasquito volvió de acompañarles hasta los cotos de la finca, amanecía; un rojo cereza encendía el oriente y álbea claridad se difundía por el espacio.

La brisa era fresca y llegaba impregna-

da de los olores de la montaña; en el centro del gabinete había un magnífico lecho con ricas colgaduras, todo dispuesto por el señor Pablo, que había alquilado en su nombre aquel cortijo; grandes jarrones con flores adornaban un elegante entredós dorado.

Frasquito se hallaba desvanecido: aquel pujante perfume que de sí exhalaba Angustias le causaba una embriaguez trastornadora; estrechaba entre sus manos varoniles las suaves, blancas y pequeñas manos de la señorita; besaba enloquecido aquellas preciosas facciones; encendíanse en los ojos abrasadores de su mujer sus ojos, y ferviente, enternecido, lleno de cariño y abrasado por la pasión, besó los labios de su amada fuertemente, fijando su boca en la roja y fresca boca de Angustias... «Un sueño, esto es un loco ensueño, tú mi reina, usted, mi señorita, mi alma, mi mujer... ¡Oh, no sé, no sé lo que sien-



to!.. ¡Quiera Dios que jamás despierte de este engaño!»

¡Cuántas veces á través de los hierros de la reja, febriles y acariciadoras, se habían estrechado las manos prometiéndose mutuamente la dicha aquellas dos almas por el lenguaje de lánguidas y apasionadas miradas!

—¿Sabías quién era yo? ¿Recuerdas las noches que hemos pasado uno embelesado en el otro y ambos entontesíos haciéndonos que el tiempo corría presto y que madrugaba antes de lo debido, que los pájaros estaban locos y que el sol era más triste que la noche?

—Sí me acuerdo; pero el alma me decía que yo estaba destinado para ti; jamás dudé de esto, te vi aparecer sin que el menor asomo de miedo me hiciese desconfiar... siempre esperé.

¡Sí, habían nacido, como vulgarmente se dice, el uno para el otro; eran de gene-

rosos sentimientos sus corazones, revelá-  
balo así la voz de inflexiones dulces y gra-  
tísimas, el timbre, al par que varonil y  
sonoro de Frasquito, y la armoniosa y ar-  
gentina de Angustias, cuyas palabras  
eran emitidas en modulaciones de acento



simpático y tierno; revelabanlo aquellas fisonomías igualmente hermosas, aquel vigor y aquella expansión juveniles!

—¡Dejame, amor mío, besar tus ojos!— exclamaba suplicante y enamorado Frasquito llevando a sus labios la linda cabeza de su mujer...

Luego se sentaron ambos en un pequeño diván, se miraron extasiados, tornaron a las caricias, reprodujeron aquellos diálogos sin sentido aparentemente por verse en realidad lleno de profunda poesía... y en tanto que él evaporaba las gotas de rocío de las flores y que a su luz sobresaltados de alegría batían los pajarillos sus alas, y como suspiro amante que va de uno a otro pecho enamorado, la brisa, rastreando por el valle subía olorosa al monte. ¡Cuando en el espacio infinitos átomos encendidos en el oro de luz templaban el ambiente encendiéndole en re-

flejos chispas y fulgores... cuando mil píos estallantes como quejidos y llamadas de amor, como besos de delirantes enamorados y lejanos arrullos llenaban de notas el espacio, el lecho aquel se velaba para el santificado bien de amores humanos germinando en íntimo, misterioso y castísimo cariño de dos almas y de dos hermosos jóvenes que en aquella luz del sol recibían las vibradoras corrientes del inolvidable primer momento de felicidad!

.....

Todo se supo, todo se celebró; el amor en Andalucía, cuando es amor, cuando no se encubre con engañosas apariencias de tal el torpe y grosero apetito de los deleites; cuando se funda en la adoración de la mujer por el valor, y en la idolatría del hombre por la belleza... cuando es el corazón su raíz, cuando es grande y generoso, cuando es, en fin, el amor, halla



la defensa de todos los corazones y de todas las voluntades.

Córdoba escudó á los dos amantes, enalteció la firmeza y la honradez de ambos, y por temor al ridículo, el padrastro desistió de mortificar a Angustias, se contentó con desheredarla...

Valiente cosa le importaba á ella...

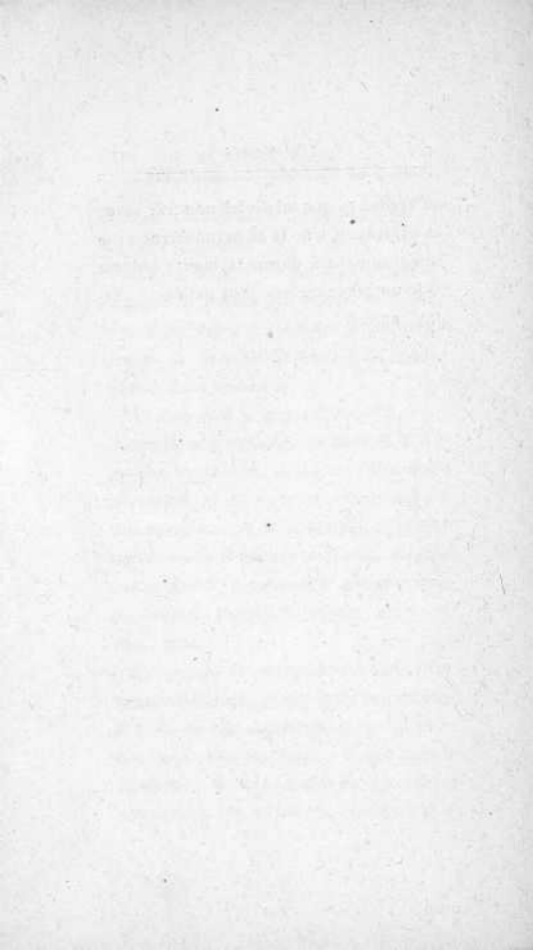
Surgía, sin embargo, la duda de si Angustias vería con gusto que Frasquito continuase en su peligroso oficio; las almas enérgicas son de tal temple, que aman sobremanera el valor y la gloria... Angustias amaba á su valiente y gallardo torero; emblema de ésta, su pasión, era la divisa verde...

En cuanto al marqués del Grosellal, habrá de decirse que sólo tenía petrificados el valor de sus ascendientes en los escudos de su casa solariega... Y que cuando de vuelta á Madrid, metido en el vagón, se comparaba con el torero, decía para sí:

---

la verdad es que mi divisa no sería la de la esperanza, sino la de la indiferencia; la mujer que iba á darme la suerte hubiese sido un grave compromiso para mi... ¡Estoy hastiado!

---







**Catálogo  
de  
Obras.**

CASA EDITORIAL: **López del Arco.**  
MADRID



TOMOS DE MAS DE 200 PAGINAS

Con elegantes cubiertas al cromo.

Traducciones esmeradísimas de Cadenas,  
Valle Inclán, C. Miranda, Rodríguez  
Cháves, Quintana y otros.

(Pídase el Catálogo ilustrado, que se envía gratis.)

**A 75 céntimos.**

- I.—NOCHE DE AMOR, por Emilio Zola.
- II.—IMITACIONES, por el conde León Tolstói.
- III.—ADULTERIO, por Adolfo Belot.
- IV.—LA MUJER DEL DIPUTADO, por Emilio Zola.

- V.—EL TITIRITERO DE LA VIRGEN  
por Anatolio France.
- VI.—DOS QUERIDAS, por Alfredo,  
Musset.
- VII.—MISTERIOS DEL AMOR, por En-  
rique Sienkiewicz, autor de *Quo  
vadis?*
- VIII.—AMORES ADÚLTEROS, por Dau-  
det, Zola, Maupassant, Copée, Ca-  
tulo Mendes, Sudermann, Pain,  
Karr y otros.
- IX.—DOS AVENTURAS, por el conde  
León Tolstoi.
- X.—MISERIAS DE LA VIDA CONYU-  
GAL, por H. Balzac.
- XI.—LOS PECADOS DE LA JUVEN-  
TUD, por E. Souvestre.
- XII.—LA SEÑORITA DE ORO, por Catu-  
lo Mendes.
- XIII.—LA VIRTUD EN LA DESHONRA,  
por Catulo Mendes.
- XIV.—LA PEQUEÑA EMPERATRIZ, por  
Catulo Mendes.
- XV.—A ORILLAS DEL MAR, por Emilio  
Zola.
- XVI.—MADRE Y CELESTINA, por Guy  
de Maupassant.
- XVII.—RETRATOS DEL NATURAL, por  
Hoffmann.

## **BIBLIOTECA FESTIVA**

CON ELEGANTES CUBIERTAS AL CROMO

TOMOS DE MÁS DE 200 PÁGINAS

**A una peseta.**

- I.—LOS RATAS, por Julián Castella-  
nos (c).

- II.—EN CARNE VIVA, por Conde Salazar, Zahonero y López Bago.
- III.—EL AMOR SIN VELOS (c), por Manuel Valcárcel.
- IV.—SI TE PICA... RÁSCATE (c), colección de cuentos alegres, por autores de buen humor.
- V.—¡QUE COLEAN! ¡QUE COLEAN! por Tirante, Alegria y otros.
- VI.—¡VIVITOS Y COLEANDO! (c), coleccionados por E. Lustonó.
- VII.—MOSTACILLA Y PIMIENTA (c), cuentos verdes, de Boccacio.
- VIII.—¡ACABADITOS DE COGER! (c), por lo mejor de nuestro Parnaso.
- IX.—LA PICARA CORNELIA (c), por José de Siles.
- X.—EL BARÓN DE CHICHA Y NABO (c), por José de Siles.
- XI.—LA POLLA DE FRAY ESTEBAN (c), por José de Siles.
- XII.—EL PRIMER POLVO, por Tirante al blanco.
- XIII.—NO MASCAR AJOS (c), por Tirante al blanco.
- XIV.—CAMELOS DE MENTA (c), cuentos alegres, por Juan Bubre.
- XV.—¿PICAN... PICAN? (c), por Tirante, Amor Meilan y otros.
- XVI.—HISTORIAS SIN CAMISA (c) (cuentos crudos), por nuestros mejores literatos.
- XVII.—SEÑORITAS FÁCILES (c), por Arsenio Houssaye.

Los que llevan una (c) tienen cubierta al cromo.

TOMOS PUBLICADOS  
DE LA  
**BIBLIOTECA VERDE**

---

**A 60 céntimos tomo.**

- I.—MANOJO DE CUENTOS MUY VERDES (cuentos), por A. López del Arco.
- II.—AVENTURAS DE UNA QUERIDA ABANDONADA (cuentos), por Houssaye y Catulo Mendes.
- III.—CARA-AJADA (novela), por la Condesa de Agramonte.
- IV.—UN MARIDO PARA LAS SIESTAS (novela), por Vicente Moreno de la Tejera.
- V.—¡NO FORNICAR! (decálogo-novela), por H. Benotti.
- VI.—¡POR EL PAN! (novela), por E. Senkiewicz.
- VII.—LAS VIRGENES (novela), por Gabriel D'Annunzio.
- VIII.—LAS MUJERES QUE TIRAN (novela) (mosquetazos), por Athos.
- IX.—PAÑOS... CALIENTES (mosquetazos), A-ramis.
- X.—BUSCANDO EL CHISME (novela), por Juan Pascual.

**VARIAS**

LA HERMETICA, por Rachilde, versión de Luis Ruiz Contreras; un volumen elegantemente impreso, 3,50 pesetas.

LOS DOMINGOS DE UN BURGUES, por Guy de Maupassant, traducción de Luis Ruiz Contreras, ilustraciones de Geo

Dupuis, grabados por Lemoine; obra gran lujo, de grueso volumen, 3,50 pesetas.

HISTORIA DE DOCE TOMOS, por Ramiro Blanco; con ilustraciones, 2 pesetas.

EL INFIERNO RESTAURADO POR LA IGLESIA (Cristo y el clero), por el Conde León Tolstoi; 1 peseta.

LA SANTA BIBLIA, por Ramón Chies, dos gruesos volúmenes, 3,50 pesetas.

EL OLMO DEL PASEO, por Anatolio France, 3,50 pesetas

FISICA DEL AMOR, de Remy de Gourmont.

SUMARIO: Objeto de la vida.—Escala de sexos.—Dimorfismo sexual.—Órgano del Amor.—Mecanismo del amor.—Preparación sexual.—Poligamia.—Problemas de las aberraciones.—Instinto.—La tiranía del sistema nervioso. Versión de Luis Ruiz Contreras.

## TOMOS DE MÁS DE 200 PÁGINAS

CUBIERTAS AL CROMO

---

### A una peseta.

PARA LEER EN EL CONVENTO, por Catulo Mendes.

CANTAR DE LOS CANTARES, por E. Renán.

CONTRATO DEL DIABLO, por Arsenio Houssaye.

PLACERES DE DOS SOLTERAS, por un autor de moda

LA CAMA ENCANTADA, por Catulo Mendes.

SOR MARIA DE LAS NIEVES, por A. López del Arco.

LOS CAROLINOS, por Verner-Von Hiedenstam.  
UN PRECIOSO TESTAMENTO, por Rider Haggard.  
¡POBRE LUCILA! por Wilkie Collins.  
LA FORTUNA DE DORIS, por Florencio Warden.  
EL HUEVO DE COLON, por Sinésio Delgado.  
AMOR QUE RIE Y AMOR QUE LLORA, por Catulo Mendes.  
BOCETOS LITERARIOS, por A. López del Arco; prólogo de A. Sánchez Pérez.  
SIN PIES NI CABEZA, por Juan Pérez Zúñiga.  
CUENTOS FANTÁSTICOS, por Hoffmann.  
ARTE DE AMAR, por Ovidio.

## Aventuras del baroncito de Foblas.

250 ediciones publicadas en francés.

**Cubiertas en colores.**

---

### PRIMER TOMO

HORAS SEXUALES.—Un volumen de más de 350 páginas, á 1,50 ptas.

### SEGUNDO TOMO

CASTIDAD VENCIDA.—Un volumen de cerca de 350 páginas, á 1,50 ptas.

### TERCER TOMO

CARNE DE PLACER.—Un volumen de más de 200 páginas, á una pta.

### **A dos pesetas.**

- EL FAMOSO COLIRON (novela), por José Juan Cadenas.  
MEMORIAS DE UN JESUITA, por el R. P. Sarmiento.  
OCTAVO PECADO CAPITAL, por Arsenio Houssaye.  
TENTACIONES DE SAN ANTONIO, por G. Flaubert.  
EL GOBERNADOR DE R..., por López del Arco.  
VIRGENES Y COCOTTES, por Emilio Zola y Catulo Mendes.  
ARTICULOS DE FANTASIA, por S. Delgado, ilustraciones de Cilla y Mecachis.  
CUENTOS NACIONALES, por Angel R. Chaves.  
LOS HIJOS DEL TRUENO, por A. R. López del Arco.  
PARA LEER EN LA CAMA, por Catulo Mendes y Maupassant.  
VICIO AMOROSO, por Guy de Maupassant.  
C. NCER SOCIAL (novela), por A. López del Arco.

### **A tres pesetas.**

- SIGLO PASADO, por Leopoldo Alas (*Clarín*), última producción del eminente crítico.  
LA CORTE DE LOS FELIPES, por Angel R. Chaves.  
MUJERES DE TEATRO (Vida Alegre), ilustradas con profusión de fotografías, intimidades de la vida privada de estas mujeres, seis cuadernos a 50 centimos cada uno.

CARTAS DE AMOR (ilustrada), por Marcel Prevost.

LA VIDA ALEGRE EN MADRID, por José Juan Cadenas.

LAS RAMERAS DE SALÓN (deshonra y vicios sociales) por Sanchez Seña.

LA MANCEBA (Deshonra y vicios sociales) (novela), por Sanchez Seña.

## VARIAS

# ENCICLOPEDIA DEL AMOR

CON MÁS DE 200 DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS  
DE LA VIDA ÍNTIMA Y PRIVADA



### \* SUMARIO \*

El amor, la mujer y la belleza.—Las morenas, las rubias, las gruesas y las delgadas.—La mujer vestida; desnuda.—Refinamientos de la coquetería. Manifestaciones y placeres del amor en los distintos países.—Matrimonios y sus fórmulas.—La prostitución y sus leyes.—Extravíos.—Placeres.—Estetas populares.—Frasas, anécdotas, pensamientos y resumen de cuanto se ha escrito acerca del amor y de la mujer.

### AUTORES DE LA OBRA

*Shakespeare, Catulle, Francisco I, Alberto Samain, Soumet, Vigny, Rousseau, Fontaine, Baudelaire, Pitacuss, Levis, Stendhal, Michelet, Espronceda, Rama, Soutra, Alfonso Karr, Musset, Guilbert, Silvestre, Gautier, Lendos, Firenzuoli,*



*Burel, Geneval, Sieyes, Byron, Lermína, Rostand, Bécquer, Campoamor, Lombroso, Lubrum, Saffo, Witkowski, Bartel Leudet, Granier, Rohan, Grellety, Simón, Beaurepaire, Víctor Hugo, Catarineu, Curros-Enriquez, Manuel Paso, López del Arco y Moreno de la Tejera.*

Contiene pensamientos, artículos, versos, etc. del amor, del vicio y de la mujer. Precio: 5 pesetas.

## DIVERSIONES INFANTILES

**El mejor regalo para los niños**  
física recreativa. Transformación  
de animales.

Con papel ó cartón ejecutar figuras de movimiento y enseñar a los niños en dos lecciones á dibujar sin necesidad de maestro. Retratarse á sí mismo. Construir con cerillas palacios, casas y cuantos objetos estén al alcance de los compradores del libro. Historias graciosísimas. Problemas. Figuras grotescas.

Páginas de música de Chapí, Chueca, Jiménez y Bretón. Dos cuentos por Pérez Zúñiga. Ilustraciones de Montagud.

**¡Cerca de 500 dibujos!**

Libro que enseña, deleita y nunca se olvida.

3 PESETAS

TOTUM REVOLUTUM (prosa y verso)  
(ilustrado), por A. López del Arco; pró-  
logo de Carlos Frontaura, á 2,50 ptas.

**ALBUM DE LAS PECADORAS** (con fotografías), 0,75 ptas.  
**LA ALEGRÍA DE LA HUERTA** (novela),  
por García Alvarez.

---

250 **FÓRMULAS DE FRITO**, a una peseta.  
250 **FÓRMULAS DE POSTRES HELADOS Y BUDINES**, a una peseta.  
**COCINA** (en forma de Diccionario para mayor facilidad), por Angel Muro, dos tomos ilustrados con cromos, 20 pesetas.  
**GUIA PRACTICA DE LA COCINA MODERNA**.—Un volumen de cerca de 1.500 páginas y profusión de grabados, a 7 pesetas.

---

### **COLECCIÓN COSMÓPOLIS**

**MISTERIOS DEL MUNDO** (boceto de novela filosófica), por E. Barriobero, 1 peseta.  
**DESDE EL ARROYO**, por Eduardo Zamacois, un volumen de más de 200 páginas, 1 peseta.  
**LA MUERTA** (novela), por Octavio Feuillet; un volumen de más de 200 páginas, una peseta.  
**HISTORIA DE GARIBALDI**, por Alejandro Lerroux; un volumen de más de 250 páginas, una peseta.  
**COMO CAEN LAS MUJERES**.—Interesantísima autología del amor, formada recopilando los pasajes más notables de las novelas de Balzac, Murger, Zola, Daudet, Flaubert, Prevots, Gautier, Maupassant, Mirbeau, Perez Galdos, Valera,

Blasco Ibáñez y otros; un grueso volumen elegantemente impreso, 3,50 ptas.

Pídase el Catálogo Ilustrado que se envía gratis.

---

## Obras de venta en esta administración.

---

SANTA (novela), por Federico Gamboa; precio, 2,50 ptas.

LEGISLACIÓN VIGENTE, sobre la construcción de Escuelas, por Froilán Rodríguez G. de Maquiyae.

TEATRO SELECTO DE DON RAMON DE LA CRUZ.—Colección de sus mejores sainetes, ilustrada con 40 acuarelas, por M. Cubas, y biografía del inmortal sainetero, por Roque Barcia; 6 ptas.

GALERIA HISTORICA DE MUJERES CELEBRES, por Emilio Castelar; ocho tomos, á 5 ptas. uno. El tomo I con retrato y pensamiento autógrafo del autor.

GRAN COLECCION DE JUEGOS DE PRENDAS, de sociedad ó de tertulia (juegos de salón, jardín, campo, bosque y pradera; de movimiento, atención, memoria, atraque ó chanza, malicia ó broma, galantería, imaginación, instrucción y recreo; inventiva, casualidad, oportunidad, rompecabezas ó cuestiones de corro y ronda, adornado con charadas de adivinanza y acción, penitencia, despropósitos, y con un completo catálogo de distracciones útiles y otra porción de pasatiempos); 2 ptas.

MONOGRAFÍAS AGRÍCOLAS.—Plantas forrajeras, por Rallo Campuzano, 1 pta.  
TRATADO DEL CULTIVO Y BENEFICIO DEL TABACO, por Rallo Campuzano, 2 ptas.  
NOCIONES DE HISTORIA DE CUBA, 4 pesetas.  
AL AIRE LIBRE (novela), por José Hornos, 2 ptas.  
GERMAN PRIMERO (novela), por Alfonso Benito Alfaro, 1 pta.  
LA PROPIEDAD, por Thiers, un volumen de cerca de 400 páginas, 2 ptas.  
EL CONTRATO SOCIAL, por J. J. Reusseau, un volumen de más de 200 páginas 1,50 ptas.  
COSMOPOLITA, cinco cuadernos, á 0,40 ptas. cada uno.

*Handwritten signatures and text:*  
R. Q. S. J. J. Hornos  
E. Encinas 517

